

REACCION SOCIAL ANTE CIERTOS DELITOS EN EL PAIS VASCO *

Recientemente —12 de junio de 1979— tuvo lugar en Donosti un solemne acto académico durante el que el Instituto Vasco de Criminología nombró a D. José Miguel de Barandiarán miembro vitalicio. Asistieron al acto representantes de diversas Facultades universitarias del País Vasco, así como de la Universidad de Burdeos. Durante el mismo D. José Miguel dictó una conferencia cuyo texto, por su interés, reproducimos a continuación.

La actitud del grupo social —del nuestro en este caso— ante ciertos hechos y hábitos delictivos de personas y de clases sociales, aparece reflejada frecuentemente en nuestras narraciones populares. Estas nos muestran, en tono patético, formas de reacción ante la delincuencia, respuestas de carácter emocional que han perdurado junto al fluir transitorio de muchas cosas. Algunas recuerdan crímenes concretos —fechados y localizados—, otras revelan delincuencias habituales en determinados grupos o clases sociales.

A continuación apuntamos varios casos relativos a ciertos delitos que, denunciados por la conciencia pública de nuestros pueblos, dejaron hondos recuerdos en muchos dichos o en su anecdotario tradicional.

Simon-seme «hijo de Simón» era un individuo natural del barrio *Ergone*, de Ataun. Miquelete en el puesto o aduana fronteriza de Lizarrosti, sorprendió a un muchacho del barrio de Aya que traía de Echarri-Aranaz una bota de vino. Lo hacía por encargo de unos señores de Ataun que habían subido a la borda de *Iruñiz*, situada no lejos de la aduana, a fin de pasar allí un día de asueto. El miquelete hizo sonar su voz de mando, «¡Alto!», en los flancos del monte Alleko, pero no fue atendida. Entonces disparó un tiro y el contrabandista cayó muerto. Esto ocurría hacia mediados del siglo pasado o algo más tarde. El hecho consternó a la población. El jefe provincial del cuerpo de miqueletes, reprobando la conducta de su subordinado, dijo: «¿Cómo es posible matar a un hombre por una bota de vino?»

El miquelete, considerado desde entonces como persona temible y poco grata por sus paisanos, pasó en *Ergone* sus últimos años. El día en que murió, un viento huracanado, con fuertes torbellinos, levantó y dispersó las gavillas de trigo que estaban tendidas en los campos recién segados. Decíase que el extraño meteoro era el alma de *Simon-seme* que vagaba en los aires molestando a sus paisanos hasta que, llegada la noche, se introdujo en las entrañas de la tierra por la lóbrega caverna de *Albi* (sierra de Aralar).

Según es creencia muy difundida en ciertos medios rurales, en la misma forma de viento arremolinado acusaban su paso a la otra vida donde deberían

* Sacado del diario *Deia*, viernes 22 de junio de 1979.

recibir su castigo, los que habían ejercido ciertas profesiones u oficios, especialmente los «escribanos» y los molineros que, según es fama, siempre cobraban demasiada renta por sus labores.

II

Allá por los años de 1900 a 1910 vivía en Lequeitio un vinatero, hombre honrado que servía a la población los vinos que importaba de la Rioja en carro tirado por mulos. Tenía como criado a un joven asturiano llamado Enrique. Una tarde, casi de noche, salió el vinatero con su carro y mulos: se dirigía a la Rioja. Luego salió también el criado y, atravesando por atajos una gran parte de la montaña que se eleva entre Lequeitio y Guizaburuaga, alcanzó al vinatero en la carretera de Oleta a Abittaga (barrio y caserío de Amoroto, respectivamente), en el profundo barranco de *Aiztitxu*, no lejos de Abittaga. Asaltó a su amo y le mató con arma blanca. Le quitó los dineros que llevaba para sus compras en la Rioja y volvió seguidamente a Lequeitio. Al día siguiente unas mujeres de Guizaburuaga, que bajaban con hortalizas al mercado de Lequeitio, hallaron a los mulos con su carro atravesados en el camino y el cadáver del vinatero. Ninguno podía sospechar quién sería el asesino. Pero antes que pasaran muchas horas se hizo luz en el asunto. El día del crimen se había celebrado una boda con comida y cena en un caserío situado en el alto del monte que domina el barranco de *Aiztitxu*. Algunos de los invitados a la cena oyeron del portal del caserío unos gritos que procedían del barranco. Entre ayes y gemidos advirtieron estas voces: «¡No me mates, Enrique!» Estas últimas palabras de su amo moribundo recuerdan estremecidos los vecinos de aquellos contornos.

(Cueva de Abittaga, 7 de junio 1966)

III

Quitar la vida, a sangre fría, a cualquier persona, aun cuando ésta sea enemiga, ha sido considerado como hecho abominable ante la conciencia de nuestro pueblo. Todavía recuerdan en Aya de Ataun la triste suerte de un francés que durante la guerra napoleónica o de la Independencia, huyendo de aquí hacia su patria, pasó por aquel barrio en dirección a Navarra. Le servía de guía un hombre del país. Le condujo por el monte de Marumendi y, al pasar junto al borde de una sima (la de *Ubedi*) sita en aquel paraje, dió un empujón al francés, que luego cayó hacia el fondo del antro. Este delito ha sido considerado en el pueblo como un trauma y caso de frustración de nuestro humanismo y su recuerdo no se ha borrado todavía.

IV

Negar refugio o asilo al necesitado que se acerca a la puerta es pésimo delito, según la apreciación de nuestro pueblo. Así aparece en numerosas narraciones referentes a la aparición de los lagos de Caicedo (Alava), de Arbeiza (Navarra) y de Muriscot (Biarritz) y a la desaparición de Bayonazar, «Vieja Bayona», en Hendaya. En el sitio que ocupa cada uno de aquellos lagos y el

mar de Bayonazar, había otrora una casa o una población habitada por gentes que no quisieron acoger a una pordiosera que con un niño al brazo se acercó a su morada en busca de hospitalidad. En cuanto la pobre se alejó de aquel paraje, la tierra tragó aquella casa o población y las aguas cubrieron su lugar.

El tema de esta narración, que abarca una extensa área en el Pirineo y en regiones más alejadas, tiene densa concentración en el Pueblo Vasco.

V

El cuento de la muerte de *Beñardo* ha sido en los hogares vascos uno de los que más honda impresión producía entre los niños. El tema era juzgado como la expresión de una espantosa tragedia y de un hecho extremadamente inhumano. Apunto a continuación un extracto de esta narración.

En una casa vivía un matrimonio con dos niños: *Beñardo* y *Katalin*. Estos iban a la escuela diariamente. Un día en que *Beñardo* llegó a casa antes que *Katalin* fue muerto por la madre y metido en un caldero. Vino luego *Katalin* y vió cómo se movían los dedos de su hermano en el agua del caldero que hervía sobre el fogón. Después la madre preparó la comida a base de la carne de *Beñardo* y mandó a *Katalin* que la llevase al padre que trabajaba en el campo.

Katalin iba llorando en el camino. Se le apareció una mujer —era la Virgen—, quien la consoló y le explicó cómo debía conducirse en el asunto.

El padre comió las carnes y arrojó los huesos al suelo. *Katalin* recogió los huesos, los llevó a la huerta y los enterró, conforme al consejo de la Virgen.

Al día siguiente apareció *Beñardo* sobre un peral de la huerta. El padre y la madre que le vieron, le pidieron peras. *Beñardo* se las dió medio podridas, las cuales les acarrearón la muerte.

También *Katalin* le pidió una pera. *Beñardo* le dió muchas peras sanas, mientras bajaba cantando: «La madre me mató, el padre me comió, mi hermana me resucitó», y ambos vivieron felices.

En algunas variantes del cuento, el narrador pregunta a sus oyentes, que generalmente son niños: «¿Creéis que los padres del cuento eran de verdad los padres de *Beñardo* y *Katalin*?» «No, no —contestan todos—, eran los enemigos de los verdaderos padres».

Dos variantes de este cuento (de Rentería y de Oñate) fueron publicadas por mí en *Eusko Folklore* (enero y febrero de 1935). Recientemente publicó otra variante D. José María Satrústegui.

VI

El aborto ha sido calificado de horrendo delito. De esto se hacen eco unos versos populares de Zuberoa. Se trata de un poema del que sólo recordaba unos fragmentos el año 1937 mi informante de Liguinaga, Margarita de Aroztegui-xar. Es un diálogo en verso, no siempre bien medido, que mantienen una madre y el feto que lleva en su vientre. Lo transcribo a continuación en vascuence con su traducción literal castellana.

HAURRAK

*Ama maitia, otoi
Zui niagoü:
Semia nahi zula
Konsidera zazu,
Hazi nahi ezpainazu
Bataia nezazu.
Ene adinak hoi
Galdegiten deizu.*

AMA

*Parti adi horti
Laido emailia,
Ai! untsa jakin gabe
Mündiak berria.
Hain dakidalaik untsa
Izala enia,
Pena zitadak orai
Hiek izatia.*

HAURRAK

*Adios arren orai,
Ama maitia,
Ezinago tristeki
Kitatzen dit mündia
Ai! untsa jelki gabe
Zue sabeleti.
Zeluko Jinkoa,
Zui niagozü,
Ezinago tristeki
Hemen agertzen nüzü.
Argi gabe balizut
Malur eta pena;
Bena ene amak bezala
Zuk, otoi, ez abundena.
Amatzea zugaztenak
Kaso egizie,
Ene amaren krimari
Untsa sogizie
Haek uken de nahi
Ni distruitü
Eta bere uhuia
Sekulako galdu.
Bedeziek zienian*

EL NIÑO

*Madre amada, en súplica
A tí me dirijo:
Piensa que quieres
A tu hijo.
Si no quieres criarme,
Bautízame.
Mi edad eso
Te pide.*

LA MADRE

*Apártate de ahí,
Fuente de deshonor,
¡Ay! antes que el mundo
Conozca la novedad.
Aunque yo sepa bien
Que tú eres mío,
Dolor me da
Tu existencia.*

EL NIÑO

*Adiós, por tanto, ahora,
Madre querida,
De la más triste manera
Dejo este mundo.
¡Ay! sin salir debidamente
De tu vientre.
Dios del cielo,
A tí me dirijo,
Del modo más triste
Aquí te me presento.
Aun antes de ver la luz
Tengo desdichas y pena;
Pero, como mi madre,
Tú, te suplico, no me abandones.
Las que vais a ser madres
Vivid alerta.
El crimen de mi madre
Consideradlo bien.
Es ella quien ha querido
Asesinarme a mí
Y su honor
Para siempre perder.
Cuando los médicos hubieron*

*Ene Korputza zabaltu,
Haek egin krimua
Ordian zen agertu.*

*Abierto mi cuerpo,
El crimen que ella cometió
Entonces apareció.*

La reacción del pueblo ante la delincuencia, según aparece en los casos que hemos apuntado, es un índice, siquiera sea conjetural, del substrato social en que se asentaba en su tiempo el equilibrio del sistema cultural de nuestro país.

Muchos delitos, sobre todo los asesinatos, han causado dolorosa impresión en nuestros pueblos, y los asesinos, verdaderos o supuestos, se han visto precisados muchas veces a emigrar a otros países a causa del vacío o del ambiente adverso de su tierra. A principios de este siglo era impopular y malmirado un hombre de quien se supiera que llevaba habitualmente un arma, fuese de fuego o una simple navaja no necesaria para sus quehaceres usuales.

La situación cambió radicalmente con la última guerra civil, hasta el punto de que no era raro el caso del asesino que se gloriara de haber dado muerte a personas conocidas. Es que las guerras cuartejan y desarticulan más o menos el sistema de valores en que se basa el orden jurídico y moral de los pueblos, dejando muchas veces a éstos y sus componentes a merced de la pura mecánica de elementos incontrolados o de quienes elevan su interés coyuntural o el de su grupo a la categoría del fin supremo y norma general de su comportamiento. En esta situación se halla actualmente una parte de nuestro pueblo. Hecho que está sin duda en relación con el descaecimiento del amor y respeto mutuos, consecuencia del olvido de las bases tradicionales del humanismo vasco.